

EL AHOGADO

Atacado de hipocondría y roído de tedio; cansado del mundo, de los hombres, de las mujeres y hasta de los caballos; agotados los nervios y vacía el alma, Tristán decidió morir. ¡Bueno fuera quedarse porque sí en un mundo tan patoso y de tan poca lacha; un mundo en que los goces se resuelven en bostezos, y en desencantos las ilusiones! Acabar de una vez; dormir un sueño que no tuviese el contrapeso del despertar probable.—Y Tristán, resuelto ya á la acción, empezó á pensar en *el modo*.

La verdad ha de decirse: el pícaro *modo* era como un hueso que se le atragantaba á Tristán. Entre el sincero deseo de dejar la vida y el acto de quitársela, media un solo movimiento; ¡pero qué movimiento, señores! Comparado con



éste, parece fácil el de levantar en peso una montaña.... Las indecisiones de Hamleto, tortas y pan pintado en comparación de las de muchos infelices hijos de este siglo, á un tiempo codiciosos y temerosos del no ser. Ni pizca de coraje tenía Tristán: pero el valor no es cantidad fija: hay quien no teme á un león y se pone pálido al ver una cucaracha. Nervioso, de imaginación cruel, Tristán se horripilaba del instante fugacísimo en que la bala del revólver destrozase la masa de su cerebro, ó la cuerda estrujase brutalmente su garganta. Por extraña contradicción, convencido del aniquilamiento final, hasta le preocupaba lo que sucedería *después* á su cuerpo, y veía la escena póstuma, el grupo formado alrededor de su cadáver, y oía las frases triviales, las inevitables reflexiones lastimosas de amigos y sirvientes—todo ello ridículo, semigrotesco, parodia de algo trágico y grande no realizado.—Su buen gusto se sublevaba contra semejante final. «Morir, sí, pero morir sin dar espectáculo; irse de la vida como quien se retira de un salón discretamente.» Maduro el propósito, Tristán discurrió que el lugar más oportuno de ponerlo por obra era un viejo castillo que poseía á orillas del mar. Recogiéndose allí algún tiempo, la sociedad, si al pronto extrañaría su falta, ya le habría olvidado cuando sucediese lo que debía suceder.... El caso era no dejar rastro alguno. «Como averigüen Perico Gonzalvo y Manolo Lanzafuerte mi paradero, allí se descuelgan á pretexto de cazar ó pescar....» Y rodeó su último y solitario viaje del complicado misterio propio de otras escapatorias más gratas. «Creerán que mi fuga tiene cómplice....», se dijo á sí propio, con irónica tristeza, el futuro suicida.

Al verse en el castillo, antiguo solar de su familia, Tristán comprendió que no había mejor fondo para el sombrío cuadro que intentaba pintar. Las abruptas montañas, las denegridas piedras, los paredones que la hiedra asaltaba, la costa erizada de escollos, la playa siempre azotada por el recio oleaje, la torre donde anidaban lechuzas y buhos, respiraban desolación y fúnebre melancolía. Acrecentaba el horror del paisaje la estación, que era la del equinoccio de otoño, con sus furiosas tempestades y los frecuentes naufragios de las embarcaciones que, extraviadas por la niebla, empujadas por el temporal, venían á encallar y á deshacerse en los traidores bajos de la *Corvera*, próximos á la playa, que se extendía á los pies de la residencia de Tristán. El incesante y ronco mugido del oleaje; el horizonte cerrado en brumas ó surcado por lívidas exhalaciones; la tierra empapada en agua; el arenal sembrado de despojos, tablas y barricas, cuando no de cadáveres, armonizaban tan bien con el estado de ánimo y los proyectos de Tristán, que decidió buscar reposo en el fondo de las aguas, haciendo creer que le había arrebatado una ola. Y para familiarizarse con la idea, bajaba á la playa diariamente, sintiendo que se apoderaba de su alma el vértigo de lo desmesurado y la atracción del hondo abismo. Su plan de suicidio se concretaba aprisa y se le agarraba al espíritu de tal manera, que ya soñaba con él lo mismo que se sueña en la primer cita de una mujer hermosa y adorada.

Una tarde de horrible tempestad, en que el huracán sacudía las veletas del castillo y retorció los árboles desme-
nando locamente el ramaje, creyó Tristán que era llegado el momento de ejecutar su determinación, y descendió, ó mejor dicho se despeñó al arenal, luchando á brazo partido con el viento y alumbrado por el repentino fulgor de los relámpagos. Uno que encendió el horizonte le mostró, sobre la cresta de enorme ola, algo que podía ser ó profecía ó imagen fiel de su destino: era el cuerpo de un hombre, un ahogado, que flotando venía á ser despedido contra los